

to insigne, el general Bonnet, tan entendido como bizarro. A algunas leguas de Dresde y sobre la orilla derecha, se encontraron los primeros puestos enemigos y se les atropelló de golpe. Mas lejos hallóse una posición bien defendida, que de seguro no se podía tomar sin copiosa efusión de sangre, pero que nada presentaba invencible. Además se veía al enemigo debilitarse sobre su frente, y reforzarse sobre sus alas para correr detrás de nosotros, é interceptarnos el regreso á la capital de Sajonia. Este movimiento probaba á las claras que, con el deseo natural de no permitirnos volver á Dresde, nos iba á abrir el enemigo el camino de Torgau por sí propio. Si todo el ejército se hallara junto, nada mejor se pudiera desear que ver al contrario ejecutar semejante maniobra, puesto que la dificultad no estaba á la espalda sino al frente. Pero, habiendo quedado la mitad de las fuerzas en la capital de Sajonia, este movimiento venia á ser muy alarmante, y así hubo que darse prisa á desandar camino para no quedar separados de las tropas allí permanentes.

Este resultado era la demostracion mas palmaria de la falta cometida, falta extraña en uno de los militares mas distinguidos de aquella grande época belicosa. Vuelta la columna á Dresde, se tuvo esta falsa marcha por condenacion formal de toda empresa sobre Torgau, y como no habia que proponer otra, esperóse á que llegara esta situacion á su extremidad con honda tristeza. Aunque emprendedor por carácter el general Klenau, enviado delante de Dresde, habia resuelto aguardar la rendicion voluntaria de los treinta mil hombres metidos dentro de la plaza. Ocho dias de paciencia tan solo

bastaban para aborrrarle que vertiera torrentes de sangre. Así contemporizó segun se propuso, y se le colmó la satisfaccion muy en breve.

Afligidos se hallaban todos los franceses, como que escaseaban los comestibles, y el horroroso contagio propagado del Elba al Rin hacia estragos. Sumisos los habitantes, bien que exasperados por la prolongacion de nuestra permanencia, nos suplicaban que emprendiéramos la retirada, y aunque alemanes, se habian mostrado tan poco hostiles, que eran acreedores á que se les ahorraran padecimientos. Ya no habia esperanz alguna, ni aun la de una muerte gloriosa. Se entro pues en tratos y capitulóse el 11 de noviembre. No se podia hacer otra cosa, pues ya no habia medio de marchar, ni de permanecer, ni de batirse. Por consiguiente no hay que censurar la capitulacion, sino la conducta observada.

Ademas las condiciones eran á medida del deseo. La guarnicion debia deponer las armas y tornar á Francia por jornadas de etapa, con facultad de servir despues de cangada. Así habia esperanza de conservar á Francia estos treinta mil soldados, experimentados en una campaña terrible, y con ellos muchos heridos y enfermos, que sin una capitulacion se contarau perdidos. Los que la firmaron se podian lisonjear de haber salido de situacion tan desastrosa de una manera no muy nociva para ellos ni para Francia, á la cual estarian en proporcion de defender todavia. Sin duda lo de capitular aflige, pero consueta la imposibilidad de obrar de otro modo, y regocija la idea de volver á la patria dentro de pocos dias. Se hicieron los preparativos de marcha, y entonces se vio cuantas

fuerzas se hubieran juntado hácia el bajo Elba, si se emprendiera antes, pues cuando se trató de la partida, se presentaron en las filas mas de treinta mil hombres.

Empezóse pues la marcha aun con mas esperanza que tristeza. Pero á poca distancia de Dresde vino una noticia horrorosa á consternar todos los corazones. A vueltas de muchas excusas hizo saber el general Klenau que el emperador Alejandro no sancionaba la capitulacion y exigia que la guarnicion se constituyese prisionera de guerra, sin permiso de volver á Francia. Esta resolucion fué para todos como un rayo y amargo asunto de pesadumbre. Entonces se pudo avalorar la falta cometida, al ponerse á merced de un enemigo, honrado sin duda, pero sin fé de resultas de las pasiones. Alti-va y enérgicamente reclamó el mariscal Saint-Cir contra semejante providencia. Se le respondió con ironía cruel que si queria volverse á colocar en la situacion en que se hallaba poco antes dentro de Dresde, se le consentiria de buen grado; como si tal vuelta fuera posible en medio de los moradores contentísimos de verse libres de nosotros y poco propicios á recibirnos de nuevo, y con medios de defensa destruidos ó divulgados. Aun puso el mariscal de manifiesto la indignidad de tal conducta, y no se le replicó mas que con la misma proposicion irrisoria, y hubo necesidad de someterse y de ir á expiar en el cautiverio una carrera de veinte años de gloria.

Sin duda la violacion de la capitulacion fué un acto indigno, consumado á pesar de todo por gentes honradas, pues hombres de bien eran el emperador de Rusia, el rey de Prusia y el emperador de Aus-

tria, á quienes la historia debe tachar por su conducta en este lance. De aqui se saca una leccion especialmente para las mismas personas honradas, y es que se deben guardar de las pasiones políticas, pues les pueden conducir mal de su grado á actos abominables. La pasion concebida en aquella época contra Francia se asemeja mucho á las pasiones políticas que sienten respecto de sus adversarios los partidos que dividen á un mismo pais y que todo se lo creen permitido unos contra otros. Asi, despues de una dominacion larga, nos habiamos atraído una guerra extrangera, con toda la violencia de las guerras civiles. ¡Tiempo triste aunque grandel ¡Tiempo triste, tan glorioso como abundante en sinrazones é inhumano!

No habiendo partido el impulso de Dresde, único sitio donde existia una fuerza considerable y un caudillo de graduacion elevada, de capacidad reconocida, y puesto por sus anteriores instrucciones en la pendiente de la retirada hácia el bajo Elba, cada una de nuestras guarniciones debia expirar tristemente en su plaza, y acabar miserablemente de hambre, ó de tifus, ó entre el fuego ó en el cautiverio. Muy cerca de Dresde, en Torgau, se hallaban á las órdenes del brillante conde de Narbonne veinte y seis mil hombres por lo menos, incluso el cuartel general que el general Durrien habia allí conducido. Entre estos veinte y seis mil hombres se contaban unos tres mil cuatrocientos sajones, hesseses, wurtembergueses, que murieron ó salieron de aquel punto. Se componia el resto de franceses, pertenecientes muchos de ellos á las tropas especiales agregadas á los grandes parques de artilleria y de ingenieros. De consiguiente existia una

fuerza que, unida á la de Dresde, proporcionara de pronto un ejército de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres, capaz de arrollar cuanto se le pusiera por delante desde Torgau hasta Magdeburgo. Bastante fuerte era la plaza, hallándose situada á la orilla izquierda y protegida por una obra de excelente defensa, llamada el fuerte de Zinna. Inmensas porciones contenia de granos, de bebidas espirituosas y de carnes saladas; y la casualidad de una caída del caballo, le proporcionó una de las más útiles adquisiciones, la del general Bernard, ayudante de campo del emperador y uno de los primeros oficiales de ingenieros de aquel tiempo. Repuesto en breve, agregóse al conde de Narbonne con el celo patriótico de que estaba animado, y ambos prometian ilustrarse con una tenaz resistencia. Aprovechándose de los numerosos brazos de que disponian y de los recursos pecuniarios que con el cuartel general se habian introducido, hicieron ejecutar grandes trabajos, y la plaza estaba en disposicion de defenderse briosamente. Pero metióse en ella un enemigo formidable, el tifus, que hacia víctimas numerosas, habiéndose llevado ya mil doscientos de nuestros infelices soldados en setiembre, y cuatro mil novecientos en octubre. Asi los sitiadores no tenian más que dejar que obrara la plaga, muy bastante por sí á abrirles las puertas de la plaza en breve. Hasta entonces limitóse pues el enemigo á un bombardeo, que causaba grandes destrozos entre los moradores y muy pocos entre nuestros soldados. Solo si habia acontecido que, cayendo bombas sobre los carros que conducian los muertos al cementerio, y huyendo los sepultureros sin querer ejercitar su oficio, se

llenaron los hospitales de cadáveres, que no podian ser sepultados y que exhalaran un hedor horroroso á no petrificarlos el hielo. A todas las circunstancias, cuyo lugubre cuadro se ve obligada á trazar nuestra pluma, se vino á añadir la más triste. Habiéndose hecho el conde de Narbonne una ligera contusion en la cabeza al caer del caballo, una herida insignificante se le trasformó en ataque de tifus, y murió con gran pesadumbre de la guarnicion y de cuantos le habian conocido. Asi acabó este hombre tan interesante que, juntado á la agudeza de la aristocracia francesa del siglo XVIII los conocimientos positivos de un administrador ilustrado, la sagacidad de un diplomático y los nobles sentimientos de un gran señor liberal, para desgracia suya se habia adherido al Imperio por admiracion hácia su gefe, cuando solo habia que asistir á las inconveniencias de nuestra diplomacia y á los desastres de nuestras tropas. Al conde de Narbonne habia reemplazado el general Dutailis en el mando de Torgau, y se portaba allí bizarramente. Por lo demás solo le tocaba ser testigo de la larga agonía de una guarnicion que habia igualado casi á un ejército entero.

En Wittenberg el general Lapoype, quien nada más que con tres mil hombres habia defendido con denuedo y durante la campaña de la primavera la plaza contra la primera aparicion de los coaligados, ya comenzada la campaña del otoño, se habia apoderado del espíritu de su guarnicion escasa, y preparóla á una briosa resistencia contra los sitiadores del cuerpo de Tauenzien. No podia ejercer influencia sobre los sucesos con su perseverancia, pero sí esclarecer su renombre. Lo habia hecho, y dis-

puesto se hallaba á continuar por el mismo rumbo. Viveres tenia bastantes; y no habiendo acogido, al modo que la plaza de Torgau, los restos de ejércitos batidos, contaba enfermos en número escaso; grande era el de los extranjeros. Los contenia con su energia, y parecia dispuesto a sostener un largo sitio.

El general Lemarois, ayudante de campo del emperador, investido con toda su confianza y acreedor á ella, recibió el gobierno de Magdeburgo. Ninguna razon le podia autorizar á que evacuara espontáneamente una fortaleza tan importante, tan capaz de resistencia, y dominando hácia la mitad el curso del Elba y el centro de Alemania. Solo le pudiera arrastrar á salir de allí el interés de una grande concentracion en que no le tocaba tomar la iniciativa, y de la cual nadie llegaba desgraciadamente á proporcionarle la coyuntura. Por tanto se hallaba exento de cavilar sobre la cuestion grave de la evacuacion, y encerróse tranquilamente en su fortaleza, donde con viveres abundantes, con una guarnicion numerosa, con pujantes muros, con pocos enfermos, á causa de permanecer lejos de la mortandad pestilencial de Sajonia, por largo tiempo le era dado hacer cara á los ejércitos de los coaligados y lograr el doloroso honor de sobrevivir á la misma Francia.

En Hamburgo se hallaba el intrépido é imperturbable Davout, á quien Napoleon, por disgustos referentes á la campaña de Rusia y tambien por estimacion á su carácter inflexible, habia situado en una posicion distante, con gran detrimento de las operaciones de esta guerra, pues se habia privado asi del único de sus generales á quien pudie-

ra fiar cien mil hombres, despues de la muerte de Lannes y de la desgracia de Massena. Habiendo partido el mariscal al frente de treinta y dos mil soldados de Hamburgo, para iniciar un movimiento sobre la capital de Prusia, que las batallas de Gross-Beeren y de Dennewitz hicieron imposible, tornó al mismo punto al saber las desventuras de Sajonia, muy resuelto á sostener con sus treinta mil hombres, y con otros diez mil dejados en custodia de las obras de la plaza, un largo sitio, que fué mas bien una verdadera campaña defensiva, y de naturaleza propia á cubrir la baja Alemania, la Holanda y el Rhin Inferior. Tambien Davout, separado del emperador y de Francia, impasible en medio de todos los desastres, previéndolos sin zozobra, se proponia figurar como el último de los hombres de guerra de aquel reinado que entregara á la coalicion su espada.

Sobre el Oder las plazas de Stettin, de Custring, de Glogau, se sustentaban todavia, si bien solo por el honor de las armas. Stettin tenia por gobernador al general Grandeau, reemplazado algun tiempo por el general Dufresse, aquel que hizo tan poco caso de los disparos de fusil hechos contra Bernadotte durante el armisticio. Tenia viveres, doce mil hombres de guarnicion, tres mil de ellos tullidos en Rusia, y nueve mil útiles para el servicio. Su autoridad se extendia sobre Stettin y la plaza de Damm, que domina las vastas lagunas dependientes del Grosse-Haff. El general Ravier sustentaba á Damm, y lo hacia con gran denuedo. Además del ejército prusiano, tenia que haberselas con las escuadrillas inglesas procedentes del Oder. Admirable habia sido el vigor de la defensa, reduciéndose á

los sitiadores á rodear las dos plazas con unos veinte reductos, dentro de los cuales parecian mas bien atentos á guardarse contra los sitiados que á acometerlos. Dejaban á las escuadrillas inglesas el cuidado de bombardear á la guarnicion, que, no experimentando gran zozobra de resultas, se sonreia en cierto modo de un medio de ataque, funesto solo á los infelices habitantes prusianos. Sin embargo con esta imposibilidad se podia muy bien resistir al fuego del enemigo, pero no á las angustias del hambre. Acercándose el momento en que iban á faltar los víveres, pues duraba ya el bloqueo cerca de un año, el general Grandeau, de acuerdo con su consejo, entró en parlamentos con el enemigo, á fin de no verse obligado á rendirse á discrecion, si trataba cuando ya no tuviera ni un pedazo de pan. Se le propuso declarar su guarnicion prisionera de guerra, porque la coalicion estaba resuelta á no dejar volver á Francia á ninguno de los soldados que pudieran defenderla, objeto en que perseveraba, segun se ha visto, por medio de bloqueos no interrumpidos contra las guarniciones que oponian resistencia, y de violaciones de fé contra las guarniciones que ya habian capitulado. El general Ravier, con las tropas de Damm y casi todas las de Stettin, insurreccionóse al saber las condiciones ofrecidas, negándose á obedecer al general Grandeau. Esta guarnicion queria mantener flotante hasta el postrer momento la bandera de Francia sobre Alemania. Aun no estaba decidido nada á fines de noviembre.

En Custrin el general Fournier de Albe, contando apenas mil franceses en medio de tres mil suizos, cróatas y wurtembergueses, á quienes re-

frenaba con vigor sumo, se mantenia firme contra todos los esfuerzos del enemigo. Sin embargo de padecer cruelmente su guarnicion á causa del escorbuto, no indicaba la mas leve disposicion á rendirse.

En Glogau el general Laplane, despues de sostener por la primavera gloriosamente un asedio, sostenia otro con igual brio. Teniendo ocho mil hombres, víveres y obras bastante bien armadas, hasta el presente habia resistido los ataques todos. Pero aquellos valientes de Stettin, de Custrin, de Glogau, sin esperanza de incorporarse á la hueste francesa, ni de que esta fuese en su ayuda, se defendian por sostener el honor de la bandera. Lo que les acontecia, se verificaba en Danzick aun en mayor grado, si es posible, pues su heroica guarnicion bloqueada de continuo desde el mes de enero, no habia recibido mas que una vez noticias de Francia, y solo habia vivido de su valor y de su industria. Al retirarse á la plaza por el mes de diciembre de 1812, á consecuencia de la retirada de Rusia, el general Rapp, gobernador y defensor de Danzick, encerróse alli con cerca de treinta y seis mil hombres y algunos miles de enfermos. Esta guarnicion, mezcla de tropas de todas clases, y en su mayoria de tropas francesas y polacas, trajo consigo otra plaga distinta que la que devoraba á Torgau y á Maguncia, aun cuando no menos funesta, y era la *fiebre de congelacion*, nacida del frio, al par que la fiebre hospitalaria emanaba de la humedad y del aire mal sano. Aquella fiebre que arrebató á los generales Eblé y Lariboisière la vida, redujo la guarnicion en cerca de cuatro mil hombres. Sin embargo, las tropas que alli quedaban eran exce-

lentes, y estaban muy bien mandadas, pero no eran bastantes para las inmensas obras de Danzick, consistentes en la plaza, en un campo atrincherado y en la ciudadela de Weichselmunda situada en la embocadura del Vistula. Apenas entrado en la plaza, no armada todavía, hallóse Rapp al principio en extremado apuro. Con efecto, las aguas del Vistula, que rodean todas las obras de Danzick y forman la principal defensa, estaban heladas, y se corría el peligro de ver á los soldados rusos del cuerpo de Barclai de Tolly pasar los fosos y las inundaciones por encima del hielo y tomar á Danzick por escalada. Necesario fué romper un hielo de dos ó tres pies de espesor en cinco leguas á la redonda, montar la artillería en los baluartes, y hacer frente á un contrario atrevido, embriagado por sus inesperados triunfos, y con prisa de apoderarse de Leipsick, porque temia ver de nuevo á Napoleón sobre el Vistula del propio modo que Napoleón lo esperaba. Despues de atender la guarnición á todos los trabajos preparatorios de la defensa, rechazó lejos al enemigo, destrozándole donde quiera que asomaba. Luego pensó en proporcionarse comestibles, forrageando en la isla de Nogat. En abundancia poseía granos, carnes saladas, bebidas espirituosas y municiones de guerra, pues habia heredado los acopios hechos para la campaña de Rusia, y que se quedaron almacenados por falta de medios de transporte; pero carecia de carne fresca y de forrages. Hallólos en las islas del Vistula, gracias á la osadía de sus excursiones. Asi empleó en hacerse temer la estacion del invierno, y en desesperar al enemigo, que ya no se lisonjaba de salir airoso de resultas de un ataque en regla.

Firmado el armisticio, no recibió mas que la quinta parte de los viveres que debiera; pero tornó á comenzar sus excursiones á las islas del Vistula, y dió la última mano á las obras todavía no rematadas. A la vuelta de las hostilidades se encontraba descansada, bien atrincherada y resuelta. Aun quedaban por esta época cerca de veinte y cinco mil hombres en estado de menear las armas y de resistir las fatigas de un asedio.

Vigorosamente disputadas y perdidas al cabo fueron las obras exteriores, como siempre acontece hasta en las plazas mejor defendidas. Pero con el auxilio de hábiles oficiales de ingenieros, construyó el general Rapp algunos reductos bien establecidos y bien armados, que cogiendo de revés las trincheras del enemigo, se las hicieron inhabitables.

En torno de estos reductos acreditóse el mayor denuedo de una parte y otra, ora para defenderlos, ora para atacarlos. Desesperando el enemigo de plantar allí su bandera, ideó recurrir como en otros puntos al espantoso arbitrio del bombardeo. No careciendo de municiones ni de bocas de fuego, merced al mar que permitia á los ingleses llevarselas en abundancia, asestóse contra Danzick la mas formidable artillería que haya jugado nunca en contra de una plaza sitiada. Mas de cien lanchas cañoneras iuglesas llegaron á juntar sus fuegos á los de las baterías de tierra. Todo el mes de octubre se empleó sin tregua y sin piedad en el mas abominable bombardeo de que se haga mencion en los sangrientos anales del siglo. Avezades nuestros soldados á cañoneos como el del Moskowa, y despreciando el riesgo casi nulo á sus ojos

Del estallido de una bomba en una ciudad espaciosa, no experimentaban inquietud de resultas de este género de ataque, considerándolo como un fuego de fusilería fuera de tiro, y se limitaban á compadecer á los inofensivos moradores, mucho mas expuestos á la lluvia de fuego que sobre su ciudad caía. Los sitiadores hicieron un cálculo abominable, el de embarazarnos mucho, prendiendo fuego á la mucha madera que dentro de Danzick habia hacinada. Con efecto, el 1.º de noviembre prendió el fuego en los arsenales de Danzick y estalló un incendio horroroso. Aturdidos los moradores se fugaron ó se escondieron en las cuevas de sus casas, no atreviéndose á ir á apagar el incendio bajo el estallido de las bombas. Nuestros soldados lo intentaron por su cuenta, y no lo consiguieron sino cuando aquellos vastos depósitos de madera estaban consumidos en las tres cuartas partes. Por encima de la desdichada ciudad de Danzick no cesaban de elevarse inmensos torbellinos de llamas, en medio del rugido de un trueno continuo, sin que apareciesen dispuestos á rendirse nuestros soldados. No tratando Rapp de adivinar en qué vendría á parar la guerra despues del desastre de Leipsick, creyendo que habia prodigios de los cuales no habia que desesperar con Napoleon nunca, se atenia á sus instrucciones que le mandaban no rendir á Danzick mas que en virtud de una orden escrita y firmada por la mano imperial. Asi, teniendo aun diez y ocho mil hombres para defenderse, algunos bueyes del Nogat para alimentarse, dejaba que dispararan contra Danzick los ingleses y que se incendiaran las maderas, y para rendirse esperaba que la orden de Napoleon

legase, ó que Francia estuviese destruida, ó que el enemigo se metiese por la brecha. Despues de cumplir su deber Modlin y Zamosc habian ya capitulado, siendo llevadas en cautiverio las guarniciones polacas.

Véase cómo junto al Elba, el Oder y el Vístula vivian ó morian los ciento noventa mil soldados dejados á tanta distancia del Rhin, cuyas márgenes pudieron hacer invencibles. Véase cómo terminó esta campaña de 1813, que estaba destinada á reparar los desastres de la de 1812, y que los reparara sin duda, si Napoleon supiera poner límite á sus deseos.

Esta grande y terrible campaña, sin igual hasta el presente en la historia de los siglos por la inmensidad de la lucha, por la variedad de las peripecias y de las combinaciones, por la horrible efusion de sangre humana, se caracteriza en lo concerniente á Napoleon por un rasgo particular y significativo, que ya hemos señalado, el de haberlo concluido de perder todo, al querer ganar de un solo golpe todo lo perdido. Infaliblemente saliera Napoleon triunfante con la sola voluntad de detener al enemigo en su vuelo victorioso, de restablecer el prestigio de nuestras armas, y de transigir sobre bases que dejaban á Francia aun mas grande que le convenia, luego que se obtuviese este resultado. Efectivamente, si tras las jornadas de Lutzen y Bautzen, donde nuestras armas tornaron á quedar vencedoras por su genio y la bizarría in experta de sus reclutas, sin aceptar el armisticio de Pleiswitz, empujara hasta el Vístula á los rusos y á los prusianos, los separara de los austriacos y de seguro pusiera á la coalicion en una completa der-

vota. Pero, para hacerlo impunemente, se necesitaba que estuviera pronto á dar una respuesta satisfactoria al Austria, que le estrechaba á explicarse sobre las condiciones de la paz de seguida. Por larga que esta trágica relacion haya sido, se hace memoria del motivo que le detuvo, y fué, segun hemos dicho, el de aprestar un ejército contra el Austria, y estar en aptitud de no someterse á sus mas moderadas condiciones. Por tan triste motivo se detuvo, y deliberadamente dejó a Rusia y Prusia á alcance de Austria, con proporcion de alargarla la mano y unirse á ella.

Durante este armisticio funesto, se ha visto asimismo, sacrificando el ducado de Varsovia, que no podia sobrevivir á la campaña de Rusia, renunciando al Protectorado del Rhin, que no era mas que un inútil ultrage á Alemania, cediendo finalmente las ciudades anseáticas, que no podíamos sustentar ni hacer servir con ventaja á nuestro comercio, cuán fácil fuera para Napoleon conservar el Piamonte, la Toscana y Roma en calidad de departamentos franceses, la Westfalia, la Lombardia y Nápoles en calidad de reinos tributarios del gran imperio. Hamburgo, posesion imposible para nosotros, el Protectorado del Rhin, titulo vano sobre cuanto puede ponderarse, fueron las causas de una ruptura insensata. No obstante, adoptada la resolución de proseguir la guerra, llegado era el caso de aprovecharse del armisticio, para sacar de Zamosc, de Modlin, de Danzick, de Stettin, de Custrin, de Glogau, los sesenta mil hombres, que ya no teníamos razon alguna politica y militar de mantener en estos puntos, siendo el Elba clave de nuestras operaciones y su limite al par que su apo-

yo. Nuevamente ahora, á impulsos del deseo y de la esperanza de ser conducido junto al Oder y el Vistula de resultas de una sola victoria persistió Napoleon en este sacrificio deplorable, que debia acarrear tantos otros. A fin de poder alargar la mano á sus guarniciones extendió el círculo de esta guerra concéntrica, que tan perfectamente le salió junto al Adige tiempos antes, restringiéndola en torno de Verona; y lo extendió á cuarenta leguas hácia Goldberg, á cincuenta hácia Berlin; alcanzó la insigne victoria de Dresde, pero en el instante de recoger el fruto en Kulma, fué llamado por los desastres de sus lugartenientes establecidos á enormes distancias; quiso volar en su ayuda y llegó demasiado tarde; fatigóse durante dos meses en inútiles correrías; vió desvanecerse el prestigio de sus victorias de Lutzen, de Bautzen y de Dresde; y al poco tiempo no tuvo en su rededor mas que soldados extenuados, generales desconcertados, enemigos exaltados por inesperados triunfos; y finalmente, al par que una simple retirada sobre Leipsick le salvara de nuevo, sin brillo aunque con certidumbre, queriendo siempre restablecer sus cosas por medio de un brillante golpe, intentó sobre Duben maniobras sabias, admirablemente concebidas, si bien pecando por los medios de ejecucion no correspondientes á la osadia de las empresas, hallóse como cogido en el lazo de sus propias combinaciones, y sucumbió en los campos de Leipsick despues de la mas terrible batalla conocida, siendo horrible manifestar que en ella perecieron mas de ciento veinte mil hombres, y luego volvió á entrar en la línea del Rhin con cuarenta mil hombres armados y sesenta mil desarmados, de-

jando junto al Vistula, el Oder y el Elba ciento setenta mil franceses, condenados á defender murallas extranjeras sin fruto, mientras solo habia ya brazos impotentes de resultas de la tierna juventud ó de la decrepita vejez para la defensa de las murallas de su patria.

Justo es repetir que en estos dias fatales, de ningun modo se mostró Napoleon menos fecundo en vastas combinaciones, ni menos enérgico é imperturbable en el peligro, bien que siempre se vió al ambicioso, cuyo inmenso genio perturbaban y pervertian sus deseos insaciables. Por aspirar á lo imposible sufrió el año de 1812 un revés de monta. Por no limitarse á reparar este revés el año de 1813 y por quererlo borrar del todo y de un solo golpe, se atrajo otro de no menos monta y mas irreparable, porque este ultimo se llevaba hasta la esperanza. Asi el primer revés por consecuencia de aspirar á exceder el limite de lo posible, y el segundo por empeñarse en reparar totalmente el otro, tales eran los sucesivos escalones por donde descendia al abismo. Ya no le faltaba mas que uno para llegar al fondo. ¿Se detendria Napoleon en esta fatal pendiente? Inmóviles desde que llegaron á las márgenes del Rhin los coaligados, trémulos á la idea de traspasar este limite formidable, le ofrecian la Francia, la verdadera Francia, la que tan poderosamente encierran y protegen el Rhin y los Alpes, la que la revolucion le habia legado, y con la cual se contentó después de Marengo y de Hohenlinden. ¿Se contentaria en 1814? Tal era la última cuestion que la esfinge del destino iba á someter á su orgullo. Segun la respuesta que diera, le tocaba terminar sobre el mas encumbrado trono,

ó caer al mas hondo abismo. Olvidemos por un instante esa historia de 1814 á 1815, que conocemos todos y de manera de no olvidarla; borremos de nuestra memoria el ruido que hizo en nuestros oidos, juveniles entonces, la caída de aquel trono glorioso; fijémonos en diciembre de 1813: tratemos de ignorar lo acontecido en 1814, y asentemos la pregunta que á Napoleon iba á ser dirigida. ¿Quién de nosotros puede dudar de la respuesta, después de leidas las campañas de Rusia y de Sajonia? ¡Ah! los hombres llevan en su carácter un destino, que buscan en torno suyo y por encima de ellos, por todas partes en suma, excepto dentro de sí propios, donde realmente existe, destino que, segun ceden á sus pasiones ó á su razon, les pierde ó les salva, obren como quieran y por mucho genio de que hagan alarde. ¡Y cuando están perdidos echan la culpa á sus soldados, á sus generales, á sus aliados, á los hombres, á los dioses, y se suponen vendidos por todos, no siéndolo mas que por sí mismos!

FIN DEL TOMO DIEZ Y SEIS